



# UN NUEVO QUINTILIANO.

Comedia en un acto, original de DON MARIANO PINA (HIJO), para representarse en Madrid el año de 1866.

(Segunda edicion corregida por el Autor.)

A LA SEÑORITA

DOÑA ELISA BOLDUN.

Para V. la escribió, M. Pina.

PERSONAJES.

ACTORES.

MILIA.....	SRAS. BOLDUN.
EODORA.....	» OLASO.
ETRA.....	» ROBLES.
ARLOS.....	SR. MOLINA.

La accion en Madrid.—Epoca actual.

La escena representa una sala decentemente amueblada.erta al foro y laterales: á la izquierda una mesa de escrio con libros, papeles, etc., y junto ella dos butacas.

## ESCENA PRIMERA.

MILIA, sentada en una butaca cerca de la mesa, leyendo en un libro.

«Muerte; cadena perpétua (leyendo.)  
y cadena temporal.» (recordando.)  
Presidio... De los presidios  
nunca me puedo acordar. (leyendo.)  
«Presidio mayor, menor,  
Presidio correccional.»  
Para qué tantos presidios?  
Sobra con uno: en verdad  
que he de eseribir un folleto  
donde claro haré constar,

que es inconveniente, y mucho,  
nuestro Código penal. (leyendo.)  
«Reclusion, Estrañamiento,  
Relegacion.» Basta ya! (levantándose.)  
No hace falta tanto enredo.  
La crítica racional  
impugna sin gran trabajo,  
lo que pretendo impugnar.  
Escribiré, me decido.  
Mi obra se titulará:  
Comentarios filosóficos  
sobre el sistema penal,  
por doña Emilia Soriano,  
donde se viene á probar,  
de ciertas y ciertas penas  
la gran inutilidad.

## ESCENA II.

Dicha, CÁRLOS por la derecha, leyendo en un periódico.

CÁRL. Pero si es incomprensible;  
y aquí está en letras de molde.  
EMIL. Qué es eso?  
CÁRL. Mira que anuncio. (leyendo.)  
D. Carlos Ramos y Torres,  
Doctor en jurisprudencia,  
notabilísimo jóven  
por su instruccion, su talento,  
y otras relevantes dotes,  
su estudio al público ofrece  
Barquillo, número doce.  
Nota: se admiten consultas.)  
EMIL. Bien.  
CÁRL. Cómo bien? Ese jóven,  
ese D. Carlos, soy yo.  
EMIL. Y quién en duda lo pone?  
CÁRL. Pero mujer, si no he dado  
derecho á este papelote  
para insertar un anuncio  
tan disparatado?



EMIL. Hoy  
hace ya catorce dias  
que la tal noticia corre.  
CÁRL. Cómo es eso?  
EMIL. No has leído?..  
CÁRL. Se estarán burlando entonces.  
EMIL. Nadie se burla.  
CÁRL. No entiendo..  
EMIL. De publicarlo dí orden.  
CÁRL. Tú?  
EMIL. Yo misma.  
CÁRL. Jesucristo!  
EMIL. Escucha y no te alborotes.  
Yo sé muy bien que no ejerces  
la abogacía; que comes  
porque tienes un destino  
que te produce la enorme  
cantidad de diez mil reales,  
pagados en plata, ó cobre,  
pero pagados; no ignoro  
lo que son las opiniones  
políticas, y me consta  
que los tuyos son muy pobres  
de espíritu; por lo tanto,  
pronto habrá crisis, y entonces  
cesante te dejarán  
sin que te valgan razones.  
CÁRL. No me augures tales cosas.  
EMIL. Ese anuncio, predispone  
los ánimos: les incita  
la novedad; ven tu nombre  
los clientes, y te llenas  
de pleitos.  
CÁRL. Mas no conoces  
que mi ciencia se ha gastado?  
EMIL. No te precipites, oye.  
Aun cuando te anuncio á tí  
como doctor *in utroque*,  
el abogado soy yo.  
CÁRL. Estás loca?  
EMIL. Mis atroces  
conocimientos...  
CÁRL. Emilia!  
EMIL. Si España cual corresponde  
educára á las mujeres,  
bachillera de real orden  
á estas horas yo seria;  
mas por desgracia, las Cortes  
no han dado ningun decreto.  
CÁRL. Pero Emilia, no conoces  
que desatinas? Es justo  
que así tu casa abandones?  
Pensando solo en los libros,  
ni haces calceta ni cosas,  
ni preparas la comida...  
Sabes bien que somos pobres...  
Que dirá de tí mi hermana?  
Ella que no te conoce,  
y á Madrid viene tan solo  
por abrazar á su noble  
cuñada?  
EMIL. Qué ha de decir?  
Apreciar sabrá las dotes  
que me distinguen.  
CÁRL. Emilia!  
EMIL. No te convencen razones...  
A Dios.  
CÁRL. Jesús, qué mujeres!  
EMIL. Virgen del Carmen, qué hombres!...

## ESCENA III.

CÁRLOS.

Quién la puede resistir?  
Necesito poner coto  
á este infernal alboroto,  
á este continuo sufrir.  
Desvaría su razon,  
y con ella no me avengo  
Pero ah torpe! me entretengo  
sin ir á la redaccion  
de ese papel infernal  
que mi apellido publica.  
Pero y mi sombrero chica? (*llamando.*)  
Mi sombrero. Y no es igual (*viendo el periódico.*)  
la forma de letra; apuesto  
que mi mujer advirtió  
fuese mas visible... oh!

## ESCENA IV.

*Dicho, PETRA con el sombrero.*

PETR. Vaya, aquí tiene usted esto.  
CÁRL. No me canso de leer...  
PETR. Señorito.  
CÁRL. Lindo escrito!  
PETR. (*Yo creo que el señorito  
está dado á Lucifer.*)  
CÁRL. Petra! (*gritando.*)  
PETR. Si ya estoy aquí.  
CÁRL. Cómo callas!  
PETR. No señor.  
CÁRL. Dame.  
PETR. Sopla mal humor?  
CÁRL. A Dios.  
PETR. Apuesto que sí.

## ESCENA V.

*PETRA, despues EMILIA.*

Como desarrolle Blas  
cuando conmigo se case  
ese génio de pimienta  
y esa cara de vinagre,  
ha de llevar cada golpe  
con estos cinco en la imágen  
de su cara... Vaya un par!  
La señorita no hace  
otra cosa que leer,  
y el amo encolerizarse.  
Si no están locos los dos  
tal vez mucho no les falte. (*Emilia con un libro.*)  
EMIL. Se fué Carlos?  
PETR. Si señora.  
Rabiando se fué á la calle,  
como de costumbre.  
EMIL. Bien.  
PETR. Segun creo, no le place  
que usted se ilustre.  
EMIL. Y me injuria  
con tan sandio disparate.  
Mas ya se convencerá  
de que es su mujer un ángel,  
cuando su mujer recoja  
el fruto de sus afanes.  
No dejaré de estudiar  
mientras popular se hace  
mi apellido, y las Pandectas,



manantial inagotable;  
el Fuero-Juzgo, apacible,  
sereno golfo, aunque grande;  
la ley de las doce tablas,  
legislacion dura...

PETR. Calle!

Y aprende usted todo eso?

EMIL. No lo crees tú muy fácil?

PETR. Si una supiera leer  
y como usted ilustrarse...

Creo que las panderetas  
mucho habian de gustarme. *(suena campanilla.)*

EMIL. Han llamado?

PETR. Voy á ver... *(vase.)*

### ESCENA VI.

EMILIA; luego PETRA.

Si esta muchacha estudiase  
quizá sería un ingenio  
fecundo: prometo darle  
los primeros rudimentos;  
bajo su frente, quién sabe  
lo que ocultar puede?  
Y si no legista hábil,  
podría ser oradora,  
ó médica, que es mas fácil.

PETR. Señorita, señorita..

EMIL. Qué quieres?

PETR. Abajo espera  
una dama que pregunta  
por D. Carlos.

EMIL. Y qué señas...?

PETR. Dice que le trae un pleito.

EMIL. Santo Dios! Una clienta!

Mis deseos se colmaron!

PETR. Qué la digo?

EMIL. Pronto, Petra;  
trae la toga y el birrete.

PETR. Cómo? Aquella falda negra  
que se puso usted ayer?

EMIL. Corre.

PETR. Volando. *(vase.)*

EMIL. La estrella  
de mi fortuna aparece.

*(Petra sale de la derecha con una toga y un birrete.)*

PETR. Tome usted.

EMIL. Cierra esa puerta. *(poniéndose la toga.)*

PETR. Ay señorita, que rara  
está usted! Si usted se viera!

EMIL. Introduce á esa señora.

PETR. *(Como el amo á casa venga!...)*

*(Petra sale por el fondo; Emilia con la toga y birrete puesto se sienta cerca de la mesa. En toda la escena siguiente debe declamar con cierta afectada gravedad.)*

### ESCENA VII.

EMILIA, TEODORA.

TEOD. D. Carlos Ramos... *(desde la puerta.)*

EMIL. Entrad.

Necesita verle?

TEOD. Sí.

EMIL. Pues siéntese usted aquí.

*(Le señala la butaca que tiene enfrente.)*

TEOD. Señora, tanta bondad!... *(sentándose.)*  
*(Emilia toca la campanilla, y aparece Petra.)*

### ESCENA VIII.

Dichas, PETRA.

EMIL. Para nadie estoy presente,  
solo para el señorito.

Comprende usted?

PETR. *(aparte á Emilia.)* Ya está frito  
el pescado: aquella fuente  
sirve para la salsilla?

EMIL. No: ves el apio partiendo.

PETR. Pues despache usted corriendo  
porque se pasa la hornilla.

*(Emilia hace un ademán, y Petra se marcha, despues de saludar profundamente.)*

### ESCENA IX.

EMILIA, TEODORA.

EMIL. Hable usted señora.

TEOD. Oh!

Creo que inútil será,  
si el Señor Ramos no está.

EMIL. El Señor Ramos, soy yo.

TEOD. Usted?

EMIL. No lo ha adivinado?

TEOD. Me pone usted en un brete.

EMIL. La toga, y este birrete  
es traje del abogado.

Perjuicios ninguno irroga  
el que no tenga ese nombre,  
pues la calidad de hombre,  
me dá el birrete y la toga.

Hable usted, que atenta escucho.

TEOD. De ese modo á hacerlo voy,  
y aseguro por quien soy  
que me agrada el cambio mucho.

Porque señora, el arcano  
que pretendo demostrar,  
me haria ruborizar...

EMIL. Al grano, clienta, al grano.

TEOD. Pues señor, yo soy soltera.

EMIL. Nada hay en ello que asombre.

TEOD. Conoce usted bien al hombre?

EMIL. Le conozco: es una fiera.

TEOD. Soy de su misma opinion.

EMIL. Si acordés en eso estamos,  
prosigamos.

TEOD. Prosigamos.

EMIL. Aborde usted la cuestion.

TEOD. Poco hay en ella que esplique.

Soy víctima de un engaño.

EMIL. Dígame usted, de ese daño  
quien es el causante?

TEOD. Enrique.

EMIL. Enrique?

TEOD. Con sin igual  
vehemencia, amarme juró.

EMIL. Y usted cándida creyó...

TEOD. Si.

EMIL. Pues hizo usted muy mal!

TEOD. Ah! de ello estoy convencida.

Pero al ver el interés,  
conque ofrecia á mis piés



darme el corazon, su vida,  
yo admití su juramento,  
y él hoy mi desdicha labra.  
Enrique me dió palabra...

EMIL. Palabra de casamiento?  
La cumplirá luego, ó no.  
El hombre siempre la dá.

TEOD. Si estaba casado ya!

EMIL. Pues entonces, se la dió.

TEOD. Justo: me vendió el infiel;  
por fortuna lo he sabido.

EMIL. Ese hombre es un fementido;  
será el castigo cruel.

TEOD. Y qué se adelantará?

EMIL. Como es su causa malísima,  
prontamente la Novísima  
todo lo remediará.

TEOD. Ellos mientras los amamos  
fingen, y engañan con creces.

EMIL. Pero en cambio algunas veces...

TEOD. Qué?

EMIL. Tambien los engañamos.

TEOD. Debieron no haber nacido.

EMIL. Más...

TEOD. Deje usted que me explique;  
de esa regla, aparto á Enrique.

EMIL. Y yo aparto á mi marido.

TEOD. Para ellos está mal hecho  
obrar de este ó aquel modo.

EMIL. Pues hija, á pesar de todo,  
son nuestro ojito derecho.

TEOD. Cierto.

EMIL. La Partida cuarta  
debe ámpliamente tratar...  
Puede usted el hecho probar?

TEOD. Me escribió más de una carta.  
Yo ereo que hay fundamento...

EMIL. Pues es cuanto necesito.

TEOD. Oh documento inaudito!

EMIL. No ha sido él mal documento!  
Voy á mandarlo á presidio.

TEOD. Señora, tanta crueldad...

EMIL. Ha sido una iniquidad!  
Bien claro lo dice... *Ovidio*.  
Contenga, señora, el llanto,  
no se inquiete ni se aflija.

TEOD. Haré lo que usted exija.  
Pero si le quiero tanto!  
Vá á rodar por un abismo.  
Se portó mal, eso sí,  
pero lo idolatro!

EMIL. A mí  
me pasaría lo mismo.

TEOD. A Dios señora. (*levantándose.*)

EMIL. Quisiera  
para aligerar el juicio,  
si no le causo perjuicio,  
que esa carta me trajera.

TEOD. Entonces vuelvo en seguida.

EMIL. Verá usted que zarabanda  
va á provocar mi demanda.

TEOD. Y... quedará usted vencida?

EMIL. Es preciso estar alerta.  
Resignacion!

TEOD. La tendré.  
Señora... (*Emilia toca la campanilla, y aparece  
Petra.*)

EMIL. (*á Petra.*) Acompañe usted  
esta dama, hasta la puerta.

## ESCENA X.

EMILIA, luego PETRA.

Luego dirá mi marido  
que las mujeres no sirven  
para estas cosas! Señor,  
que aberracion! Imposible  
parece que hombres de ingenio  
de esa manera prediquen.

## ESCENA XI.

Dicha, PETRA.

EMIL. Ay Petra!

PETR. Señora.

EMIL. Lo que deseaba  
llegó á realizarse.

PETR. Me alegro en el alma.

EMIL. Esa que ahora mismo  
de marcharse acaba,  
es, Petra querida,  
una litiganta.  
Oh! ya me parece  
estar en la sala  
defendiendo ansiosa  
una buena causa.  
Siéntate aquí, Petra. (*por la butaca.*)

PETR. Señora, ¿y la salsa  
del cordero asado?  
La hornilla se pasa.

EMIL. No me hables ahora  
de tales farándulas.

PETR. Es que la comida  
luego se retrasa,  
riñe el señorito,  
y una es la que paga.

EMIL. Jesus, me incomodas!

PETR. Sin embargo...

EMIL. Calla,  
que si hoy no comemos  
lo haremos mañana.

PETR. Estamos conformes.  
(*Se vá á hundir la casa  
cuando venga el amo.*)

EMIL. Trae esa butaca. (*se coloca al medio.*)  
Reclínate en esa. (*Petra se sienta.*)

PETR. Mas de qué se trata?

EMIL. Tú el tribunal eres;  
yo soy la que habla.  
Escucha mi arenga  
con cierta importancia,  
y de vez en cuando  
la cabeza baja,  
como si dijeras:  
estoy enterada.

PETR. Corriente.

EMIL. (*sentándose.*) Principio.  
Mírame á la cara.  
Señores: al cabo  
tomo la palabra,  
para dirigiros  
una razonada  
defensa del pleito  
que sigue esta sala.

PETR. Bajo la cabeza?

EMIL. Ya las doce tablas,  
las Siete Partidas  
y doce Pragmáticas



que en el siglo quince  
fueron promulgadas,  
del caso presente  
con estension hablan.  
Que Homero os ablande  
¡oh jueces! el alma,  
que Numa os aliente,  
que Astrea os dé alas,  
y Cupido amores  
y Rosiclér gracias, (*aparece Carlos, foro.*)  
y Rouseau consejos,  
y mi parte flaca  
quede redimida...

CÁRL. Y mi mujer vaya (*entrando.*)  
á acabar sus dias  
dentro de una jaula.

ESCENA XII.

*Dichas, CARLOS.*

EMIL. Has oído...?

CÁRL. Si señora;  
ya ví cual desatinabas.

PETR. (Uf que génio!)

CÁRL. (*á Petra.*) La comida.  
Tengo que hacer.

PETR. (*Virgen santa!*)  
Es que... la verdad, creia...  
como es tan temprano...

CÁRL. Acaba..

PETR. No está la sopa cocida..

CÁRL. Véte pues.

PETR. (*Está que rabia!*)  
(*durante este diálogo, se habrá quitado Emilia la  
toga y el birrete.*)

ESCENA XIII.

EMILIA, CÁRLOS.

CÁRL. (*paseando.*) Es preciso que esto tenga  
una solucion: no hay dia  
que no suceda lo mismo.

EMIL. Sabe que no necesitas  
tu destino para nada:  
se presentó ya la mina!

CÁRL. Qué dices!

EMIL. Ya tengo un pleito.  
Mejor dicho; se ventila  
una causa criminal  
sobre el delito homicida  
de engaño cualificado;  
robo, perjurio y falsía.

CÁRL. Pero qué demonios dices?

EMIL. Mi parte, que es la ofendida,  
presentará la demanda:  
tú, te incorporas, y firmas.

CÁRL. Jesus! Jesus!

EMIL. Oye el caso.

CÁRL. No lo digas, no lo digas.

EMIL. Hay pruebas y documentos  
que hacen mucho mas gravísimas  
las circunstancias...

CÁRL. Te oigo  
y me parece mentira!  
Nos vamos á divorciar.  
Entiendes?

EMIL. Bah! Desatinas..

Hay acaso impedimentos  
dirimentes?

CÁRL. Hay, Emilia,  
que no te puedo sufrir!

EMIL. Lo que es la filosofía!  
Si me incomodase yo  
tendríamos hoy la misma  
de siempre. Y todo, por qué?  
Porque su mujer delira  
por la ciencia: porque estudia,  
y con ella se ilumina.  
Una mujer que se aprende  
todas las Siete Partidas  
en cuatro noches!..

CÁRL. Aprieta!

EMIL. Que no desconoce é Egica,  
Que ojea á Teodosio.

CÁRL. Bueno!

EMIL. Y que conoce de vista  
á Eurico, á Sta. Teresa,  
y al Digesto?

CÁRL. Ay! Emilia!  
Tu si que estas indigesta!

EMIL. Que escucho!

CÁRL. Nada, no sigas,

EMIL. Pero...

CÁRL. Me voy: la paciencia  
de un santo se necesita!

ESCENA XIV.

EMILIA, PETRA.

PETR. Señorita, la señora  
que se marchó hace un instante  
por usted pregunta ahora.

EMIL. Dila que pase adelante. (*vase Petra.*)

ESCENA XV.

EMILIA, TEODORA.

TEOD. Dispense usted si he tardado;  
la epístola no encontraba,  
y hé revuelto diez baules.

EMIL. Siéntese usted.

TEOD. Tengo ansia  
por arreglar el negocio.

EMIL. Pues los pleitos piden calma.

TEOD. Si usted viera cuanto sufro!

EMIL. No llore usted.

TEOD. Que inhumana  
suerte la de las mujeres!

EMIL. Vamos, enjague esas lágrimas  
y deme usted un abrazo.

TEOD. Oh! (*abrazándola.*)

EMIL. Saque usted esa carta.

TEOD. Tome usted. (*dándosela.*)

EMIL. (*Infeliz jóven!*) (*lee.*)  
Jesus!

TEOD. Se pone usted mala?

EMIL. Ay! A mí me vá á dar algo.

TEOD. Pero...

EMIL. Infame, vil, canalla!

TEOD. Señora, esplíquese usted.

EMIL. Y yo he tenido cachaza!

Sabe usted de quién es esto?

TEOD. Sí, de Enrique.

EMIL. Qué bobada!



Es letra de mi marido!  
 TEOD. Dios mio! Yo no esperaba este golpe!  
 EMIL. Y es usted, usted es quien lo idolatra!  
 TEOD. Nunca: el traidor me engañó.  
 EMIL. Que la engañó!  
 TEOD. Sí.  
 EMIL. Patraña!  
 Usted será la culpable.  
 Mi marido es una alhaja incapaz de seducir á ninguna.  
 TEOD. Esto faltaba!  
 Antes dijo que las leyes...  
 EMIL. Qué leyes, ni qué ensalada.  
 Aquí no hay mas ley que yo!  
 TEOD. Qué dice usted?  
 EMIL. Basta, basta.

### ESCENA XVI.

Dichas, CÁRLOS.

CÁRL. Qué voces son estas?  
 TEOD. Cielos!  
 Es él!  
 CÁRL. Qué veo? Teodora!  
 EMIL. Y la llama en mi presencia!  
 TEOD. Ay!  
 EMIL. El despecho me ahoga!  
 TEOD. (á Emilia.) Que me voy á desmayar. (Emilia se retira.)  
 EMIL. Mejor: A mí qué me importa!  
 Muérase usted.  
 CÁRL. Poco á poco, no permito que se ponga enferma. (se acerca á Teodora.)  
 EMIL. Y la defiende!  
 Ay! Ay! (se desmaya sobre una silla.)  
 CÁRL. Le dió á la otra.  
 Se ha desmayado tambien.  
 TEOD. Eso es broma.  
 EMIL. (levántándose.) Cómo broma!  
 TEOD. Lo vé usted? (aparte á Carlos.)  
 EMIL. (á Teodora.) Hable usted alto.  
 TEOD. A Dios. (á Emilia.)  
 EMIL. Vaya en mal hora.

### ESCENA XVII.

EMILIA, CÁRLOS.

EMIL. No sé como tengo calma para sufrir mi delirio.  
 Me hirió usted de muerte el alma.  
 Que hemos de hacerle? La palma alcanzaré del martirio.  
 CÁRL. Emilia!  
 EMIL. Gócese usted en mi angustia, en mi quebranto!  
 Vuelva á jurarme su fé;  
 traidor, ingrato!... Ay! no sé como aguanto, lo que aguanto.  
 CÁRL. Tú pensabas pleitear y mal echaste la cuenta,  
 porque antes de principiar,  
 un pleito viniste á armar,

con tu estimable clienta.  
 EMIL. Y yo le amaba, Dios mio!  
 CÁRL. Por qué me has precipitado á tamaño desvarío?  
 Salió de su cauce el rio,  
 y ambos hemos naufragado.  
 EMIL. Pero...  
 CÁRL. Cuando yo te dí mi mano de esposo y nombre,  
 una mujer busqué en tí,  
 pero por desgracia ví que me casé con un hombre.  
 Despreciaste mis consejos,  
 razon ninguna admitiste:  
 alegando fueros viejos,  
 con libros rancios y añejos  
 hermosas horas perdiste.  
 Sin cejar en tu porfia...  
 que en una ilusion se basa;  
 no pasaba un solo dia  
 sin que estuviese, hija mia,  
 abandonada tu casa.  
 La mujer, sencilla flor,  
 no nació para aprender,  
 aunque te cause dolor;  
 sabe sentir el amor  
 que es cuanto debe saber!  
 No busca ansiosa la gloria  
 por los senderos prolijos  
 de la ciencia; que la historia  
 guarda siempre esa victoria,  
 nó á la mujer, á sus hijos.  
 Tesoro de gran valor  
 escóndese en su alma pura  
 dado por el Redentor;  
 que aprenda á guardar su honor  
 que es la ciencia mas segura.  
 Aprenda la caridad,  
 manantial rico y profundo;  
 huya de esa vanidad  
 que aprende en la sociedad  
 y ciega ostenta en el mundo.  
 Estos sus deberes son  
 por mucho que no te cuadre;  
 su libro es el corazon;  
 que lo estudie con pasion  
 como esposa, como madre.  
 Si busca ansiado renombre  
 en el mundo del saber,  
 para que al mundo no asombre,  
 antes de querer ser hombre  
 enséñese á ser mujer.  
 Lloras?  
 EMIL. Pesie á mí,  
 hoy lloro mi desvarío.  
 CÁRL. Y de él te arrepientes?  
 EMIL. Sí;  
 pero tarde comprendí  
 que ha cansado tu desvío.  
 CÁRL. La ciencia abandonarás?  
 EMIL. Y aprenderé con fervor  
 otra, que me importa mas.  
 CÁRL. Es decir que á aprender vas?..  
 EMIL. Ser mas digna de tu amor.  
 CÁRL. De veras? Ven á mis brazos.  
 EMIL. Carlos!  
 CÁRL. Y en ellos ufana  
 tu corazon en pedazos  
 deposita.



EMIL. Y estos lazos  
quien los rompe ya?  
(*Cárlos se acerca al foro, y trae á Teodora.*)  
CÁRL. Mi hermana.

ESCENA ULTIMA.

*Dichos, TEODORA.*

EMIL. Cielos!  
CÁRL. Ella te curó.  
Tu locura le escribí,  
y hacer el papel pensó  
de esa litiganta...  
EMIL. Oh!  
Y yo nécia lo creí.  
CÁRL. Tu engaño me hace dichoso.

EMIL. El medio ha sido tirano,  
mas trajo dulce reposo.  
No temas ya ser esposo  
de este nuevo Quintiliano.

---

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su  
representacion se autorice.—Madrid 4 de Noviembre de 1864.

*El censor de teatros.*

NARCISO S. SERRA.

---

PINTO:

Imprenta de G. Alhambra, Monjas, 8.

1866.

